



Magallanes, Rodolfo (2012)  
*Globalización de la educación superior. Impacto en países desarrollados y subdesarrollados.*  
 Caracas: Ediciones del Centro de Estudios de Postgrado. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Universidad Central de Venezuela, 337 p.

La teoría del desarrollo, ese notable esfuerzo intelectual y de políticas públicas por responder a la pregunta por qué unos pueblos son más ricos que otros, ha mostrado un dinamismo inusitado en los últimos años. El aspecto institucional, la nueva geografía económica, o el “regreso” de la manufactura y las políticas industriales, son factores que han cobrado relevancia en la literatura que intenta explicar las diferencias de ingreso per cápita y hacer las recomendaciones respectivas para fomentar la convergencia económica entre los países.

Las teorías del crecimiento económico han atravesado varias etapas, particularmente desde la posguerra, cuando adquieren plena vigencia e influencia en las políticas económicas. El modelo Harrod-Domar, inspirado en los enfoques keynesianos, planteaba el incremento del ahorro, la inversión (la productividad del capital) y la población para impulsar los niveles de demanda a través del tiempo y así mantener el ritmo del crecimiento. En el modelo neoclásico, el crecimiento surge de la acumulación de factores de producción como el trabajo y el capital, siendo el conocimiento científico un elemento exógeno y mostrando el capital físico rendimientos decrecientes que, con el pasar del tiempo, llevan a la economía a un “estado estable” (*steady state*) y, por tanto, a una convergencia de los distintos niveles de desarrollo. En los modelos endógenos de la actualidad, los rendimientos decrecientes del capital son contrarrestados por la calidad del capital humano. Ello explicaría por qué la convergencia económica entre los países no se ha presentado tal como lo postulaba el modelo neoclásico.

La productividad de los factores, basados en la habilidad de los trabajadores, la incorporación de conocimiento técnico y un ambiente institucional favorable a la producción de riqueza, son requisitos sine qua non para elevar el bienestar de los pueblos. El creciente número de estudios sobre la productividad total de los factores (*total factor productivity*) muestra que para crecer de forma sostenida y equitativa no es suficiente con añadir trabajo y capital, sino también obtener un retorno de manera eficiente con base en el aprendizaje y la innovación<sup>1</sup>. Tal como dicen Jones y Romer, “las ideas, las instituciones, la población y el capital humano constituyen hoy el centro de la teoría del crecimiento. El capital físico ha sido empujado a la periferia”<sup>2</sup>.

Cuando se habla de capital humano deben hacerse algunas precisiones. Este concepto hace referencia, en primer lugar, a un volumen dado de trabajadores que aplican su esfuerzo y conocimiento a la producción de bienes y servicios. El criterio numérico cuenta porque una población de trabajadores más grande implica más recursos para la creación de riqueza, especialmente si son productivos, tienen amplia disponibilidad de capital físico y a la vez son coordinados por instituciones que establecen los incentivos adecuados.

Pero el capital humano también significa ideas en el amplio sentido del término. Las ideas se traducen en conocimiento científico y aplicaciones tecnológicas, al igual que en nuevos productos, modelos de negocio, procedimientos, formas de organización, cultura y entretenimiento. Las ideas, como factor de crecimiento, tienen una gran ventaja sobre el capital físico: no muestran rendimientos decrecientes; pueden ser duplicadas una y otra vez (son no rivales); en la inmensa mayoría de los casos no son patentables, lo que generaliza su adaptación; y en un mundo globalizado y conectado por las redes de telecomunicaciones, circulan con cada vez mayor rapidez y alcance.

Las líneas anteriores pueden servir de contexto al libro de Rodolfo Magallanes. La educación superior en un mundo globalizado y el estudio de los efectos desiguales que su internacionalización causa en los países desarrollados y en desarrollo constituye el objeto de su estudio.

---

<sup>1</sup> Un ejemplo de estos estudios es: Pagés, Carmen (2010). *The age of productivity. Transforming economies from the bottom up*. New York: Inter-American Development Bank, Palgrave Macmillan.

<sup>2</sup> Jones, Charles y Romer, Paul (2010). The new Kaldor facts: Ideas, institutions, population and human capital. *American Economic Journal: Macroeconomics*, vol. 2, n° 1, p. 226.

La universidad (junto con otras instituciones sociales como las empresas), vistas como redes de intensa interacción, generan conocimientos e ideas que dinamizan las economías. La educación es el factor fundamental en la creación del capital humano. Como destaca el autor, genera externalidades positivas con profundos efectos sociales y además contribuye en forma directa con el crecimiento económico.

El subdesarrollo y la llamada *sociedad del conocimiento* proporcionan el marco sociopolítico dentro del cual se analizan y exponen en el libro los retos de la educación superior a escala global. Las relaciones de desarrollo y subdesarrollo constituyen las caras de una misma moneda, vinculadas en “un sistema de relaciones de tipo dominación dependencia” (p. 8). El subdesarrollo no puede concebirse “sin hacer relación con el desarrollo, es decir, sin considerar los vínculos con el resto del mundo desarrollado. El subdesarrollo no es una fase primaria o imperfecta del desarrollo, sino un producto histórico de la expansión del sistema económico capitalista” (p. 10). Se trata de la teoría clásica de la dependencia, tal como fue desarrollada en los años cincuenta y sesenta por autores como Cardoso y Faletto, Sunkel y Paz, Furtado o Prebisch, todos mencionados en el capítulo. La dependencia se materializa por medio de los mecanismos clásicos: empresas transnacionales y flujos de inversión directa.

Aunque el autor reafirma para los nuevos tiempos la vigencia de la teoría de la dependencia, también habla con claridad de una nueva economía global que se caracteriza por una mayor interacción de las redes productivas, la descentralización de sus actividades, el aumento de las exportaciones de bienes industriales por parte de países en desarrollo y una gran diversificación de la actividad productiva, sobre todo en servicios. También destaca el papel prominente de los monopolios en función de las economías de escala. Todo apoyado en un enorme desarrollo tecnológico que ha impactado la producción de manera desigual a las distintas regiones del planeta (pp. 32-37).

La revolución tecnológica y la creciente globalización dan origen a la *sociedad del conocimiento* que Magallanes analiza en detalle en el capítulo 2. El uso intensivo del conocimiento y la información como insumo básico de la economía distinguen a esta sociedad. La mayor sofisticación tecnológica es su rasgo principal y, por tanto, el perfil de la fuerza de trabajo cambia en el sentido de requerirse ahora un trabajador de mayor preparación, al tiempo que se acentúa la desigualdad por medio de una mayor diferencia en salarios entre estos trabajadores y los menos calificados.

En paralelo con la globalización, el advenimiento de la sociedad del conocimiento y las mayores exigencias del mercado laboral, se presentan cambios demográficos de amplio impacto, en especial en el sector de la educación superior. En el capítulo 3 el autor hace una revisión exhaustiva de las tendencias demográficas a escala mundial. La tendencia determinante aquí es la disminución de los índices de natalidad en los países desarrollados, hecho que los hace dependientes de la inmigración para mantener su impulso económico y en especial para aumentar el *pool* de capital humano que requiere la sociedad del conocimiento y su creciente sofisticación tecnológica. Magallanes enfatiza lo negativo que esto representa para los países de menor desarrollo al perder invalores contingentes de población necesarios para el desarrollo local.

En el capítulo 4 el autor echa mano de la teoría económica para explicar la globalización de la educación superior. El aspecto demográfico, vale decir, el número absoluto de la fuerza de trabajo (aquí se retoma de cierta manera la preocupación de los modelos neoclásicos del crecimiento con el tamaño de la población) y las externalidades son los aspectos que se privilegian en el análisis. La investigación resalta que la inversión en educación muestra rendimientos decrecientes porque al envejecer la población se vuelve menos productiva. Tal situación es compensada por los beneficios no contabilizados en el gasto educativo y las externalidades positivas que estas generan en la sociedad.

La educación es un bien público y por ello el autor se opone al cobro de aranceles y a los análisis que privilegian exclusivamente el retorno privado de la inversión educativa. La decisión de demandar educación superior por parte de los individuos se enfrenta con mucha incertidumbre, dada la imposibilidad de predecir el futuro. “Esta enorme complejidad de la decisión de demandar educación superior y la creciente importancia de sus externalidades, efectos colectivos o sociales, plantean la necesidad de colocar la provisión de educación superior entre las mayores prioridades, no exclusivamente individuales o familiares, sino también estatales o colectivas” (p. 170).

En los capítulos 5 y 6 Magallanes estudia la globalización de la educación superior. Tal tendencia se manifiesta en la integración internacional de sus sistemas en los países desarrollados; en su creciente importancia como renglón de comercio internacional, y la convergencia de estándares similares en cuanto a financiamiento (preeminencia de fuentes privadas), estilos gerenciales, expansión a otros países; o preeminencia de los organismos internacionales como el Banco Mundial, que busca

homogeneizar las políticas educativas a nivel internacional para ir conformando un mercado global de educación superior en el marco de una “nueva” economía internacional basada en el uso intensivo de conocimiento. La educación superior adquiere así el estatus de “bien público global”.

Como se dijo en los capítulos anteriores, Magallanes explica tales cambios como el resultado de los avances tecnológicos y la necesidad de recursos humanos más calificados, así como de la disminución de los índices de natalidad en los países desarrollados, que los hace depender de los flujos migratorios, especialmente jóvenes preparados provenientes de los países menos desarrollados. Tal situación plantea serias desventajas para estos últimos, que se ven privados de mano de obra calificada. Por ello, el autor aconseja “la adopción de sistemas de regulación colectiva y cooperación para garantizar la continuidad de la provisión del mismo” (p. 315).

El libro de Magallanes se distingue por la claridad en la exposición de las ideas y la estricta delimitación del objeto de estudio. Ello hace posible su uso como insumo para nuevas líneas de investigación, tal como se intentó hacer al principio de esta reseña, cuando se habló del conocimiento y las ideas en el marco de las nuevas teorías del desarrollo.

Algunos puntos del libro requieren una mayor discusión. Por ejemplo, desde el principio se asume la teoría de la dependencia en su versión “clásica”, y no queda claro si la misma tiene plena vigencia en la nueva economía del conocimiento. ¿Acaso la mayor división de las cadenas mundiales de valor y la difusión del conocimiento a escala mundial no ofrecen oportunidades a los países menos desarrollados para avanzar en su diversificación productiva (manufacturera), como de hecho ha sucedido? ¿Hasta qué punto es “nueva” la nueva economía en que vivimos (la *sociedad del conocimiento*) en un momento en que la manufactura adquiere nuevos bríos sin que ello reste importancias a los servicios? ¿No es la revolución digital e informática una herramienta más de productividad, como en su época fue la electricidad, en lugar de ser un conjunto de aplicaciones tecnológicas que definen una “nueva” era, completamente diferente a las anteriores?

También requiere mayor elaboración la afirmación de que el problema de la educación superior en los países desarrollados sea su declinante tasa de natalidad, lo que se traduce en insuficiente demanda nacional y por tanto en insuficiente oferta de recurso humano calificado en la economía. La declinante tasa de natalidad

presenta un problema a la economía en general (si asumimos aquí una perspectiva neoclásica), pero no necesariamente al sistema de educación superior en particular. La inmigración potencia al sector, pero no determina su éxito. De hecho, en el caso de Estados Unidos hay restricciones al ingreso de estudiantes, así como cuotas anuales para trabajadores calificados. Como se demuestra en el libro con estadísticas oficiales, el sistema también se alimenta de la creciente incorporación de estudiantes nacionales no tradicionales, como aquellos que no entran en las cohortes más jóvenes o de variadas procedencias étnicas. La inmigración es una importante fuente de estudiantes de educación superior, pero ciertamente no es la principal.

En suma, con este libro la educación superior en el mundo globalizado de estos tiempos adquiere pleno sentido en escenarios teóricos más amplios relacionados con las políticas públicas, el desarrollo o la modernización política. El autor ha hecho una aguda y bien documentada contribución a la actual discusión sobre el atraso o el avance de los pueblos.

Fernando Spiritto  
Docente-investigador del Instituto de Estudios Políticos,  
Universidad Central de Venezuela